

LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año I

Diciembre de 1925

Núm. 6

CUADROS MADRILEÑOS

LA "CHATÍNGUILIS"

POR CURRO VARGAS

—¡Tú, Cayetana... ven a quitar la mesa ... si pué ser!

—¡Ya voooy!... ¿Te muerden los mendrugos?... ¡Caray, cuánto sobar con la mesa! ¡Qué barbaridad!

—¡Menos retórica y... acude!

La señora Cayetana ha entrado en el comedorcito, secándose las manos con el delantal.

—Vamos a ver si se queda a gusto el «señor»! ¡Ea, vengan esos platos, y esa cazuela, esas cáscaras de nueces y ese vino!...

El señor Ramón le interrumpe abrazándose a la botella.

—¡Eeee... eh, tú! ¡Parada y... fonda! El vino, ¡no!

—¡El vino, no! ¡Ya me figuraba que lo ibas a decir! ¡Miá que hay que fijarse que eres... ordinaria! ¡Y que no te pules ni... por la chica, que se avergüenza la criatura de ciertos detalles paternos! ¡Y con mucha, pero con muchísima razón!...

—¡La chica no ha protestao de que su padre se «vigorice» con dos botellas, porque la chica distingue más que tú!

—¡Tú eres el que está casi siempre que no... distingue ni el chafán de la Equitativa!...

—¡Será de noche!

—Bueno: ¡recuerdos a Marcelino!... ¡De verano!...

El señor Ramón ha sonreído al quedarse solo, se ha desperezado con un bostezo y quitándose una bota que le aprieta, apoya los codos en el tablero de la camilla y después de beberse un baso de tinto, se dispone a hacer dormitando la digestión.

Transcurren unos minutos de silencio. De pronto se escucha una voz femenina que canta un garrotín.

Me *disen* que no me quieres.

Se me dan tres caracoles.

¡Más pa arriba, más pa abajo,
me están queriendo a montones!

El señor Ramón parpadea, se rebulle en la silla y medio dormido exclama:

—¡Olé!...

Mientras la «cantaora» continúa:

Qué te quieres apostar,
cuánto te vas tú a apostar
¡a que te doy en la cara
y te tienes que aguantar!

El señor Ramón con un gesto inefable, lanza un suspiro, llena otra vez el vaso, lo vacía de un trago, escupe, saca la petaca y dice a voces:

—¡Ahí de los canarios!... ¡Arsa mi nena!... ¡Uyuyuy... mi «Chatinguilis»!... ¡Vaya... estilo! ¡Señores: que soy su padre!...

En la alcoba inmediata detona una risa juvenil.

—¡Crasias, papaito!

El señor Ramón contesta:

—¡Ven aquí, jilguero!

—Espere usted que me haga este rizado...

—¿Todavía te vas a poner más bonita, hija de mi alma?

Se oye una segunda carcajada.

—Pero... ¿no oye usted, madre, cómo está padre de fino?

La señora Cayetana responde desde la cocina.

—¡Ya le oigo!... ¡Pero no le hagas caso! Coba, coba ná más! Es pa que le lles a París de Francia cuando te contraten en ese *Musirfal* tan nombrao que le dicen... el *Mulé Ruge*...

El señor Ramón, grita interrumpiéndola:

—¡Qué «débil» te encuentras en «langues» extranjeras! ¡No es el *Mulé*, so prima, es el *Mulín*! ¡El *Mulín*, el *Mulín*! Y no es *Ruge*, sino *Rouge*, ¡*Rouge*!

—Bueno. ¡Y tanto qué hablas y te las das de... *Berliè*! ¿Y qué quiere decir *Mulín Rouge*?

—Mira, mira, tú ¡a fregar! Pero, bueno, por una vez voy a ilustrarte porque me das lástima. *Mulín Rouge* es el nombre y el apellido del que hizo ese *concert*, que quita toda la cabeza, con gorra inclusive. *Mulín* equivale a Manolo y Raouge, a Rodríguez. Total *Manolo Rodríguez*. ¡Pa que te enteres!

La señora Cayetana no se ha atrevido a despegar los labios.

El señor Ramón saborea su aplastante victoria con unas cuantas toses muy significativas, y la Telesfora, que en los carteles se llamará la «Chatinguilis» sale muy repeinada y aseñoritada al comedor, *marcándose* unos *pasos* de Rumba...

—¿De qué hablaban ustedes, madre? —le dice a la señora Cayetana, que viene con los platos ya fregados. La buena mujer resopla como un toro.

—¡Pues de... ná. ¡Del *Manolo Rodríguez*, de París!

—¡Arrea!... ¿Y quién ese gachó? —exclama la Telesfora, mirándose en un espejito y dándose polvos.

—¡Pus... *Mulín Rouge*! ¡Eso dice tu padre!

La chica suelta el trapo.

—¿De qué te ries, pasmá?

—¡De usted!...

—¿De mí?...

—¡Es claaaro! ¡De usted, madre, que es una tórtola por lo buena y por lo sencilla! Y padre que en eso del pitorreo se las trae, pues, ¡usted verá!

—¿De forma que no es *Manolo Rodríguez*?...

—¡Qué va a ser!... ¡Qué va a ser!...

El señor Ramón interrumpe:

—No... No es *Manolo Rodríguez*. Ha sido una chirigota mía. Es...

Han llamado a la puerta.

La «Chatínguilis» da un respingo y exclama:

—¡El profesor!... ¡Madre, bájese usted esas mangas! ¡Y usted, padre, póngase usted esa bota! ¡Caray, que la dejan ustedes a una en ridículo por menos de ná. ! ¡Abra usted, madre, que está esperando!

El profesor entra muy despacio, muy solemne. Es un hombre altísimo, flaquísimo y de negro.

—¡Señorita!... ¡Señores!

—¡Siéntese, tome usted asiento — le dice la muchacha.

—¿Ha estudiado usted mucho?— interroga el profesor, muy grave.

—Los dos *cuplés* y el *garrotín*.

El señor Ramón, sin poder contenerse exclama:

—¡El *garrotín* lo he desgustado hace un momento y he caído en el éxtasis!

—¡Muy natural! ¡Ya saben ustedes — replica en oráculo el maestro— que he tenido el honor de decirles que Telesfora será una *estrella* de 500 pesetas. De 500 pesetas por función... La *lanzaremos* el mes que viene en el *Ideal Olimpia*, de *Viñuelas de la Mancha*. Un pue-

blo en donde hay médico, botica y dos parejas de la Guardia civil. Lo de la Guardia civil es un detalle muy importante...

—¿Y después?—interroga la señora Cayetana, jubilosa.

—¡Oh; después haremos una *tourné* por toda la Alcarria y más tarde a Madrid, a París, a Lisboa, a...!

—¿Y a Rusia, no?—interrumpe la «Chatínguilis» —¡Con lo que mí me gustaría bailar y cantar en un teatro *bolchevique!*...

El maestro, que es un perfecto *vivo*, suspira cómicamente, y tras de una corta pausa, responde:

—¡Ahora ensayemos! Y lo de Rusia, ¡quién sabe! Usted, Telesforita, puede especializarse y resultar completamente *bolchevique*... cantando y bailando. Es «estilo» nuevo, y no estaría mal: *La Chatínguilis, cancionista y bailarina bolchevique*. ¡Con petardos y todo!... ¡Un exitazo, de seguro!

—¡Sí, sí... me gusta, maestro!—interrumpe la chiquilla entusiasmada.

—¡De primera!—dice el señor Ramón.

—Bien; pero los honorarios son distintos... ¡Diez duros más! —añade el profesor.

Curro Vargas

EL VIÁTICO

(C A N D A L U Z A)

POR JOSÉ MARIA PEMAN

Enjamás podré orvidarlo mientras viva,
que estas cosas se nos meten en el alma,
como manos que la ajogan,
como espinas que la arañan...

Entoavía, recordándolo, parece
que me viene a las entrañas
aquel frío que esa noche
jasta adentro me calaba...
ese frío de los cuerpos derrengaos
al llegá la madrugada,
ese frío que se mete por los güesos,
ese frío del que está junto a una cama
una noche y otra noche,
sin descanso ni esperanza,
y mirando que se va de entre la manos
un pedazo de su alma;
ese frío que es cansancio y que es disgusto,
que nos jiela y que nos mata...
¡ese frío de las penas
que parece que es del cuerpo... y es del alma!

Me parece que lo veo: aquella noche
tós andaban
de puntillas, como sombras misteriosas,
y venían y vorvían, y la casa
era toda un jervidero de murmúrios
y de pasos de fantasmas,
y de llantos y sollozos conteníos,
y de avisos y atropellos y mudanzas,
y un run-run de cuchicheos
en voz baja ..

Y entre tós los cuchicheos y murmúrios,
las mesmísimas palabras,
el mesmísimo estribillo,
la mesmísima cantata;

unas voces que decían por lo bajo:
 «se nos muere... se nos muere... ¡está mu mala!»
 Y de pronto un rebullicio
 que se arma,
 y unas voces: «¡que ya vienen por la esquina!...»
 ¡enjamás podré olvidar esas palabras!

Y al llegá su Majestá... ¡si me parece
 que lo veo con los ojos de la cara!
 Era noche sin estrellas y sin luna;
 era el viento de tormenta; lloviznaba...
 Y de pronto todo el mundo se arrodilla
 y se escucha... ¡daba miedo de escucharla!...
 el tilín de la campana del monago
 que decía que llegaban,
 y al par de ello, como el rezo de los frailes,
 un murmurio de latines y plegarias,
 y el bullí de toa la gente que venía,
 y el soná de las pisadas
 en los charcos de la calle,
 sobre el agua...

Y se empieza a colá gente
 dentro e casa...
 ¡qué de gente la quería!
 ¡jasta entonces yo no ví que era una santa!
 ¡Qué momento inolvidable!
 ¡parecía que soñaba!
 ¡y aun agora me parece que lo sueño
 en cá vez que mi concencia lo repasa!...
 El bullir y arrempujarse de la gente,
 el rezar entre suspiros las beatas,
 el oló de tanta cera al derretirse,
 el caló de tanta gente arrebujaada,
 y aquel brillo tan borroso que tenían
 los faroles y las llamas
 al mirarlos por en medio
 de mis lágrimas...

Y por cima de estas cosas,
 las palabras
 que decía, respondiendo al señó cura,
 la santica de mi alma...

¡y lo mansa y resigná que las decía!
 ¡y la pena que me daba
 al mirá como un clavel amoratáo
 la boquita de mi santa,
 la boquita de mis besos y mis glorias
 que era un cacho de mi alma!

Y después el alejarse el rebullicio
 lo mesmito que las olas cuando bajan,
 y el perderse en la revuelta de la esquina
 el tilín de la campana,
 y el murmúrio del gentío,
 y el soná de las pisadas
 en los charcos de la calle,
 sobre el agua...

¡Señó güeno, que llamaste aquella noche
 a mi puerta, pá llevártela;
 Señó güeno, güerve pronto pá librarme
 de esta pena que me ajoga y que me mata;
 pá llevarme al lado suyo, Señó güeno,
 al ladito de aquel cacho de mi alma...
 y si al lado no pué sé, porque en la Gloria
 no se armiten pecaores junto a santas,
 aparéjame a lo menos un sitico
 a la vera de la puerta pá mirarla!

José María Pemán

(De «La vida sencilla»)

ESCENAS ESCOGIDAS

PASIONERA

POR S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

Patinillo en casa de Natividad Pérez, viuda de Juan Martínez el platero, en Sevilla. Al foro, puerta vidriera que comunica con el interior. A la derecha del actor, la puertecilla del cuarto de plancha y lavadero. A la izquierda, puerta falsa que da a una callejuela. Paredes encaladas. Arriates con geranios. En uno de ellos, una mata de campanillas azules, que trepa graciosamente muro arriba. Tres sillas de enea. Es por la tarde, en el mes de septiembre: después de Consolación de Utrera y antes de San Miguel.

Padrino.—¡Ah!

Pasionera, que ha salido del interior oportunamente.

Pasionera. ¿Se va usted ya, padrino?

Padrino.—¡Párate ahí!

Pasionera.—¿Cómo?

Padrino.—¡Que te pares ahí, que te voy a cantá una saeta!

Pasionera.—¡Las saetas no pegan hasta Semana Santa!

Padrino.—¡Qué bien me has hecho la visita, mujé!

Pasionera.—¿Se queja usted, Padrino, y lo he dejao hablá a sus anchas con mi madre?

Padrino.—No era ningún secreto.

Pasionera.—Por si acaso.

Padrino.—Siéntate un poquito.

Pasionera.—Pero ¿no se iba usted?

Padrino.—Me iba, sí; pero has yegao tú y no sé dejarte tan pronto. ¿Te pesa?

Pasionera.—¿A mí? *Acariciándolo.*
¡Padrino! ¡Pos si lo quiero yo a usted más!...

Padrino.—¡Ay, si tuviera yo un hijo de veinticinco años!

Pasionera.—¿Pa qué?

Padrino.—Pa que te dijera ahora mismo:

«La madre que te parió
se merese una corona,
y tú te mereses dos.»

Pasionera.—Eso pué usté desírmelo con sus sesenta.

Padrino.—Sincuenta y nueve. Pero te gustaría más dicho por mi hijo.

Pasionera.—¡O no!

Padrino.—¿O no? ¿A que me voy a teñí también los tufos?

Pasionera.—¡Ja, ja, ja! No consiste en er tinte. Compréndame usted a mí.

Padrino.—Estoy ar cabo de la caye. ¿Conque me quieres mucho, no es verdá?

Pasionera.—To lo que usté piense y otro tanto. Desde chica sé yo que es usté un buen amigo de casa. Y bien probao. En to lo que ha podío usté favorecernos...

Padrino.—Tu padre y yo éramos uña y carne.

Pasionera.—¡Er pobre!... Usté no sabe cómo está mamá de contenta con Evaristo.

Padrino.—Sí, sí lo sé: hemos charlao de eso. ¡Carcula lo que me alegro yo!

Pasionera.—Vale los dineros er muchacho; ésta es la verdà.

Padrino.— Vale los dineros. ¿Tú lo reconoces también?

Pasionera.— ¡Vamos! Ha sido una suerte pa nosotras. ¡Tené en la tienda un hombre de esa confiansa!... Y listo, y serio, y entendiendo aqueyo tan bien como lo entiende Evaristo.

Padrino.—Lo entiende, lo entiende...

Pasionera.— ¡Digo si lo entiende!

Padrino.— Er que no lo entiende ahora soy yo.

Pasionera.— ¿Usté padrino? ¿Qué es lo que usté no entiende?

Padrino.— ¿Tú de veras piensas de Evaristo toas esas cosas?

Pasionera.— Y más que me cayo. ¿Por qué había de fingirle a usté?

Padrino.— ¡Pero si me ha dicho tu madre que le has dao unas calabasas como pa un San Roque!

Pasionera.— ¡Y se las he dao! ¡Y se las daría tresientas veces que volviera por eyas! ¿Usté lo estraña?

Padrino.— ¿No te gusta?

Pasionera.— Me gusta pa la tienda; pero no me gusta pa mí.

Padrino.— Y con tan buenas cualidades, y joven, y simpático, ¿por qué no te gusta pa ti?

Pasionera.— Paese mentira que me pregunte eso un hombre que sabe tantas coplas. Es claro que usté me lo pregunta por oírme. Padrino, en er cariño no hay más que dos razones: porque no y porque sí.

Padrino.— ¿Porque no y porque sí?

Pasionera.— Ni más ni menos. A esa mujé no le gusta ese hombre. ¿Y por qué no le gusta? Porque no. Pero si él es honrao, y buen moso, y la quiere, y la va a hasé dichosa, ¿por qué no le gusta? ¡Porque no! A aquella otra mujé le gus-

ta aquel hombre. ¿Por qué le gusta? Porque sí. Pero si er no vale dos cuartos, y es gandú, y tiene mala fama y va a perderla, ¿por qué le gusta. ¡Porque sí! Y no hay más que esta ley. Porque sí y porque no, porque no y porque sí. ¿Lo entiende usté ahora?

Padrino.— ¡Como que está más claro que el agua! A ti no te gusta Evaristo...

Pasionera.— Porque no.

Padrino.— Y pué que te guste argún sinvergüenza...

Pasionera.— Porque sí.

Padrino.— Sin embargo... toas las reglas fayan arguna vez, niña: ar toreo más seguro que pisaba la arena, lo mató un toro. Si tú, porque sí, te encapricharas con algún tunante, no sería malo que tuvieras ar lao persona que te abriera los ojos y te yevase a la claridá.

«Estaba siego y no vía:
ya se me cayó la venda
que tan siego me tenía.»

Pasionera.— No sería malo; pero sería difisi.

Padrino.— Según se jugaran las cartas... Según fueran las cosas... Si er *porque sí* era descabeyao... Valen mucho la vida y la persona de una criatura como tú pa ligarla pa siempre, *porque sí*, a quien no lo merezca: a un nene de estos de Seviya—es un suponé—que tiran su nombre y su fama por debajo e las mesas de las ventas y de los corraos.

Pasionera.— *Un poco airada.* ¿Va usté a asustarse ahora de las juergas, Padrino?

Padrino.— De las juergas, ni ahora ni nunca. Me ha gustao divertirme co al primero. Y toavía, a mis años, conservo mi reunión de mansaniyeros, que to-

mamos mansaniya por las tardes en lugar de te, porque no nos duele la barriga, y canto aquello de:

«A mí me gusta, me gusta sentarme con cuatro amigos: ¡vengan cañas de Sanlúca!»

Pero de eso, niña, a lo otro de que yo te hablaba... hay un camino largo. En Seviya, tos los muchachos pasan por er sarampión e la juerga. Los hay que sanan de e y son unos hombres de provecho; los hay que se quedan inmunes: mi sobriniyo Antonio ve una caña e mansaniya y echa a corre como si viera ar mengue... Pero, en cambio, Pasionera, los hay también, aunque sean los menos, que le toman er gusto a esa vida, que es una cuesta abajo, y se malean, y se destruyen, y se pierden. Chiquiyos listos y simpáticos, a los dos años de bajá la cuesta ya son unos sopencos; a los tres, ya son unos perdíos o unos granujas; a los cuatro o sinco ya no tienen remedio, y no son más que carne pa los hospitales, o pa los manicomios, o pa los presidios.

Pasionera.—*Saltando.* Padrino, ¿se quié usté cayá?

Padrino.—¿Qué es eso, niña? ¿Te escuese lo que te estoy disiendo? He puesto er deo en arguna yaga? ¿Será verdá lo que a mí me han contao?

Pasionera.—Lo que a usté le han contao no sé; pero lo que usté está hablándome, ¡sí es verdá!

Padrino.—¡Pasionera!

Pasionera.—¡Es verdá!

Padrino.—Lo será; pero yo me resisto a creerlo. ¿Cómo es posible que habiendo en er mundo tantos hombres...?

Pasionera.—Tos me sobran. Pa mí ne hay más que uno.

Padrino.—¿Uno?

Pasionera.—Ese.

Padrino.—Pero ¿por qué te gusta a ti ese hombre?

Pasionera.—¡Porque sí! Y está dicho.

Arruga el entrecejo. El padrino pasea, contemplándola. Pausa.

Padrino.—¡Está dicho!... ¡Está dicho!...

No eres tu quien tiene que desí la última palabra.

Pasionera.—¡Pos a vé quien va a sé!

Padrino.—Pienso yo que será tu madre.

Pasionera *Confusa*.—Mi madre...

Llega rápidamente por la puerta del foro Juanica, despavorida.

Juanica.—¡Don Padrino! ¡Don Padrino!

Padrino.—¿Qué ocurre?

Juanica.—¡Ahí hay un chiquiyo... que viene corriendo en busca de usté... a vé zi estaba usté aquí por casualidá... porque dice que en zu caza hay fuego!...

Padrino.—¿En mi caza?

Juanica.—¡En la tienda de abajo!

Padrino.—¿En la droguería?

Juanica.—Yo no zé... ¡Ahí en er patio está er chiquiyo!

Padrino.—¡Voy a verlo!... ¡Caray, qué notisia!

Entrase a escape por la puerta del foro.

Por la puertecilla que da a la callejuela asoma cautelosamente el rostro truhanesco y simpático de Alberto.

Pasionera, al verlo, se estremece de miedo y de alegría. Luego queda como fascinada por él.

Alberto.—¿Llegarán a tiempo los bomberos?

Pasionera.—¡Alberto!

Alberto.—Alberto, sí; yo soy. Tenía prisa de hablá contigo, ese hombre no se iba, era capaz de yevarse disiendo coplas hasta la noche... ¡y le he metio fuego a su casa!

Pasionera.—¿Tú?

Alberto.—Mientras ér va y vuerve... me da a mí tiempo de desirte lo que te quiero hasta ponerme ronco.

Pasionera.—Entonces, ¿no es verdá lo der fuego?

Alberto.—Tan verdá como que tú eres fea.

Pasionera.—¡Qué demonio eres!

Alberto.—Er padrino ná más se quemará un poquiyo; pero ya le echaremos agua.

Pasionera *Riendo*.—¡Loco!

Alberto.—*Tomándole las manos*.—¡Aquí sí que hay fuego! ¡Ven acá! mírame pa avivá la yama! ¡Pobresito Alberto, que lo van a hasé senisa dos ojos!

Pasionera.—¡Embustero! ¡Si tú no me quieres más que de labia!

Alberto.—¡Dios mío! ¿Qué ha dicho esta mujé? Eso lo dises en Saragosa y te cuesta una murta.

Pasionera.—¿Por qué?

Alberto.—Porque ayí estan prohibias las blasfemias.

Pasionera.—Y aquí los embustes.

Alberto.—¡Er que me coja a mí en uno, que me yeve a la cárse!

Pasionera.—Pero, bueno, yo me he quedao tonta con la sorpresa. ¿No nos íbamos a ver en San Lorenzo? ¿Por qué has venio ahora?

Alberto.—Pa traerte aquí ar santo. ¡Porque San Lorenzo soy yo!

Pasionera.—¿Tú?

Alberto.—¡De quemao que estoy!

Pasionera.—¿Tú también? no sales de las llamas esta tarde! ¿Te irás a condenà por farso?

Alberto.—¿Eh?

Pasionera.—¿Serán las llamas del infierno las que te sercan?

Alberto.—Estando contigo, tanto se me da a mí del Infierno como de la Gloria. ¿A que no te ha dicho esta copla er Padrino, tantas como dise?

«Si muero lejos de tí
moriré con tu memoria;
pero si estás junto a mí,
habré yegao a la Gloria
antes de salir de aquí.»

Pasionera. *Conmovida*.—No, no me la ha dicho, ésta tenias que desírmela tú.

Alberto.—Ya te la cantaré por mala-gueñas, y verás sentimiento. Aquí no quiero meté buya. En fin, a nuestro caso, que er tiempo vuela y pué llegá tu madre.

Pasionera.—¿La has visto salí?

Alberto.—Salí a eya y dejà ar Padrino. Y hasta que no lo ví salí también, no he sosegao.

Pasionera.—¿Y no has visto entrá y salí a nadie más?

Alberto.—A nadie más.

Pasionera.—Es raro, estando, como estabas de espía.

Alberto.—Pos a nadie he visto.

Pasionera.—Júralo.

Alberto.—Jurao está: por estas, que son cruces.

Pasionera.—¿No juras en farso?

Alberto.—¡Tú te has empeñado en condenarme! ¿Quién ha estao aquí?

Pasionera.—Una mujé que tiene un hijo tuyo.

Alberto. *Riéndose*.—¿Que dises, chi-quiya?

Pasionera.—No te rías, Arberto.

Alberto.—¿No me he de reír, Pasionera? ¿Quién te ha contao ese disparate?

Pasionera.—Eya misma. Y er Padrino me ha dicho que es verdá.

Alberto.—¿Y qué sabe er Padrino? No lo dirá delante de mí.

Pasionera.—¡Pos er niño es un retrato tuyo!

Alberto.—¿Tú lo has visto?

Pasionera.—¿Yo? ¡Si lo veo, me muero!

Alberto.—¡Ah, vamos! ¡Pos que te lo traigan pa convenserte! ¡Y ya verás como no te mueres, si no es de risa! ¡Ja, ja, ja! ¡A lo que se apela, señó, pa quitarle a una mujé de la cabeza un hombre!

Pasionera.—¡Y cualquiera me lo quita a mí!

Alberto.—¿Verdá que no? ¡Bendita sea esa boca! ¡Pero qué suerte tenemos los charranes!

Pasionera.—Ahora sí que lo has dicho.

Alberto.—¿Tú no ves la mano de tu madre en to esto?

Pasionera.—Sí; ya lo he pensao: eso es.

Alberto.—¿Qué idea tendrá de mí la buena señora? ¡con tos los milagros que me cuergan!... Por eso quería que habláramos un poco... Mo puén sé ya estas cosas, ni pué resistirse esta conspiración sin fundamento. Mirarnos desde lejos na más; cambiá dos palabras a traisión de tu madre; que tú dudes de mí por causa de la gente... ¡Que no, hombre, que no! Mar fin tenga la gente!

Pasionera.—¡La gente es mala; mala!

Alberto.—Tan mala es, que a mí va a echarme de Seviya.

Pasionera.—¡No, Arberto!

Alberto.—Sí, Pasión. Tú no ves cómo se me persigue? ¡Envidia; pura envidia! ¡Porque uno se las bandea solito y no tolera ancas de nadie! Y si argo me fartaba, me quieres tú. Como er café quieren algunos verme: tostao y molío! Yo soy un descastao, un mal hijo, un señorito sinvergüenza, un tramposo, un borracho, un perdío, ¡un guiñapo!

Pasionera.—Toas esas cosas disen de ti.

Alberto.—¿Crees tú que no lo sé? El único muchacho que no ha terminao su carrera en Seviya, soy yo. Es un caso nuevo. El único que se toma dos copas de más argunas veses, yo. ¡Yo, yo na más! ¡Aquí, donde se bebe la mansaniya como el agua, y donde los serenos ban por er pescao frito pa las senitas de media noche! Pero yo soy el único borracho. Yo y el único que se acuesta al amanésé argunos días; oyendo cantá y cantando flamenco. Yo, yo na más. Resurto un fenómeno de feria. ¡Como soy también el único ya a quien le gustan las mujeres!

Pasionera.—¡A ti no tiene que gustarte na más que una.

Alberto.—¡El único! ¡El único! ¡Un caso raro!

Pasionera.—¿Y por qué te han echao de tu casa?

Alberto.—¿A mí? *Fingiéndose ofendido.* ¿Tú has creío eso, Pasionera?

Pasionera.—Yo, no. Pero ¿por qué no vives con tu padre?

Alberto.—Ya otra vez te lo he dicho: porque mi padre se me ha yevao ayí una madrasta que yo no tolero. ¡No, eso no! Er sitio de mi madre es sagrao. Y ya han empesao a desaparecé retratos y

prendas de eya, y eso no, eso no. Y yo le he visto un día a aqueya mujé puesto unos pendientes que yevó mi madre toa su vida, y me tuve que meté las manos en los borsiyos pa no arrancárselos. ¡No, no; eso no! No me ha echao mi padre de mi casa; me he ido yo, porque debía irme. Que es distinto. Pero ésta va a sé la causa prinsipá de que levante er vuelo de Seviya.

Pasionera.—Arberto, no me asustes.

Alberto.—Te digo la verdá.

Pasionera.—Tú no te vas de aquí. Na más de pensarlo me pongo mala. Tú no te vas de aquí.

Alberto.—Sí, sí; tendré que irme. Pero a ti no te deajo. ¡Eso quisieran más de cuatro! Nos iremos los dos a corré fortuna. Una noche, muy cayandito, sin que nos sienta nadie...

Pasionera.—¡No me pidas locuras!

Alberto.—¡Cuando se quiere con locura, locuras se piden! ¿O vas a sé tú la que me quiere a mí de labios afuera?

Pasionera.—¡De labios afuera!... Como yo te quiero a ti, tú no lo sabes. Yo misma me espanto. Y no de ahora; de antes, de siempre. ¡De siempre y pa siempre! Está dicho.

Alberto.—¿Eh?

Pasionera.—¿Qué? *Aguzando el oído.* ¿Mi madre?

Alberto.—¿Tu madre?

Pasionera.—¡Sí! ¡Mi madre! ¡Vete!

Alberto.—¡Por vía!...

Pasionera.—¡Vete, hombre!

Alberto.—¿Se continuará este capítulo?

Pasionera.—¡Sí!

Alberto.—¡Hasta luego en la iglesia!

Pasionera.—¡Hasta luego!

Márchase Alberto rápidamente por donde llegó. Pasionera se esfuerza en serenarse. Por la puerta del foro llega Natividad.

Natividad.—¿Pero te han dao pan con sá en er patiniyo, hija mía?

Pasionera.—¿Eh?

Natividad.—¿Qué haces aquí?

Pasionera.—Aburrirme.

Natividad.—¿Aburrirte?...

Pasionera.—Sí...

Una mirada de duda de la madre turba y desconcierta a la hija. Natividad, entonces, va flechada a la puerta de la callejuela y se asoma afuera. Luego vuelve, temblorosa de indignación.

Natividad.—¿Sale de aquí ese hombre?

Pasionera, *tras de vacilar un momento; con gran firmeza.* —Sale de aquí.

Natividad.—¡Pero, Pasión!... ¡Pero, hija mía!...

La muchacha se abraza a su madre, y le dice, entre lágrimas, lo único que sabe y que puede decirle:

Pasionera.—¡Lo quiero!

Natividad.—¡Dios me varga!

S. y J. Alvarez Quintero

L A S A L A S R O T A S

POR LUIS DE CASTRO

I

Me llamo Antonio Arriaga. Soy joven. Tengo veinticinco años y un buen palmito. Mi pelo es negro como el final de una tragedia. Mi frente ancha, espaciosa, afirma una gran capacidad mental y tiene la graciosa altivez de la raza latina. Mis ojos son grandes, lindos, morenos y descarados, sobre todo, cuando clavan las saetas de su luz en las gracias de algún tipo femenino y arrogante...

Amo la aventura, porque en el vaso encantador de lo desconocido enciérrese el dulce néctar del misterio, tras el cual van los hombres de ingenio, los voluntariosos y estorzados paladines del dios éxito.

Con estas estupendísimas cualidades para vencer, el rincón provinciano donde mis ojos audaces se abrieron a la luz prima, me desalentaba y entristecía.

El amor a una novia sencilla y buena, virgen de un hogar tranquilo y discreto, sin medios casi de fortuna, hubiese dado en tierra con todo el rico bagaje de mis sueños que serán en breve—gracias a mi tenacidad y entereza—realidades sólidas y rotundas, como los relieves de esos templos que la fe de nuestros mayores erigiera, en cumplido homenaje, al Genio del Cristianismo.

Por eso abandoné mi amor; por eso dejé allí, en el obscuro rincón provincial a mi gallarda prometida marchitando su belleza ante los altares del recuer-

do... Allí estará vertiendo lágrimas tras los visillos del balcón y pensando en mí... En las albahacas de sus macetas el verde de la esperanza se habrá secado para siempre.

Yo lamento este fatalismo circunstancial; pero para triunfar de la vida, hay que darle sin regateo alguno todo cuanto nos exija la maga del egoísmo. Hay que transigir con lo fútil y visionario, para alcanzar el máximum de realidad.

Entre los seductores atractivos de los ideales imposibles, se destaca vigorosa y sugestiva la imponderable figura de la idea, hecha verbo, encarnación y vida.

A imitación de aquel célebre político español—quiero que perezcan los principios—en este caso mis amores—, con tal de que se salven las instituciones—en este caso mi ambición, mi orgullo y mi vanidad.

¡Phs!... Puede ser que el día de mañana, cuando yo sea ministro o presidente del Consejo, recapacite en estas sublimes felonías y torne al oscuro rincón provinciano, con la ostentación de un Nabab, para rendirme a los pies de mi princesa. . Porque yo... sí, la quiero.

Ella es anhelo de mi anhelo y sangre de mi sangre. Por eso, para querernos como Romeo y Julieta, como Dante y Beatriz, como Mireya y el Cestero de Valabrega, para que nuestros amores sean perennes como las hojas en el oli-

vo, quiero entregarle mi vida toda, y a fin de que esta vida sea más consistente, más duradera, ansío forrarla de algún metal precioso o de billetes del Banco de España.

En mis breves momentos de melancolía, tendré la dicha inefable de imaginármela allá lejos... entre los muros claustrales de su casa solariega mirando mi retrato y pensando en mí, mientras las golondrinas vuelan sobre su tejado...

En esos instantes arrobadores mis pupilas se humedecerán con el halo de una tristeza extinta apenas florecida. La nombraré, suspiraré, y con las manos sobre el corazón le enviaré mi saludo amatorio y romántico:

- Fina... Yo te quiero... Serás mía, Fina... Y yo, tu morenico guapetón, como me decías..., tu marido... La sugestiva realidad de tus sueños... Pero antes de que esto llegue, antes de que la blanca paloma del Diluvio aparezca en el horizonte despejado de mi vida anunciando nuestra unión, antes de que el carro triunfal de mi victoria lleve arrastradas y esclavizadas mis ambiciones..., Fina mía, habrán pasado muchas horas por el reloj de nuestra existencia, muchos días por el taco del almanaque del Sagrado Corazón que tienes en tu alcoba, y.. muchas lágrimas por mis ojos...

Mas basta de evocaciones tétricas, basta de pensamientos lúgubres. Quiero ser fuerte. Anhele vencer el fantasma repugnante del fracaso, que ronda el palacio de mi porvenir con la guadaña de la duda enhiesta, esperando que el desaliento, su cómplice, me seduzca y aprisione.

Tengo la frialdad inmovible de un Descartes y guardo en el rincón de mi

talento las máximas de Pitágoras. «No he de ser yo quien coma corazón». Junto al abismo insondable del odio y del desprecio, dejé la melancolía.

Así seré. Mi resolución está en mi voluntad. La flaqueza desistió de seguir mis pasos, cuando—una noche en que la luna era en el cielo como una moneda de oro nuevo—ante la ventana de mi adorable Fina, eclipsé los fingimientos de Don Juan Tenorio y las abnegaciones de Guzmán el Bueno...

II

Las cartas del cacique de mi pueblo han dado su resultado.

El ministro recibióme cortés, atento, fino, lleno de frases almibaradas. Hizo el elogio de mi persona, y me dió un destino en su departamento, con dos mil pesetas.

Verdad es que yo le hice creer que el acta de su hijo Angelito me la debe a mí.

—Porque yo, señor ministro, cuando estimo a una persona la defiendo brutalmente, bufálicamente... ¡¡Puff!!

Su excelencia sonrió complacido de esta brutalidad.

Con dignidad y elocuencia le hice presente mi agradecimiento.

Le llamé florón de la política española, notable polemista, excelso poeta, y acabé preguntándole por su señora y sus hijos...

—Todos tan buenos, ¿eh?... Angelito hecho un talentazo... ¡Tiene a quien parecerse!...

III

He tomado posesión de mi destino. Los fraternales colegas de la oficina han

acogido mi presencia con grandes muestras de cordialidad. Yo he correspondido hidalgamente, obsequiándoles con una caja de «Perfectos»; cigarros puros de la propia Arrendataria, y de uso poco frecuente entre los empleados administrativos.

Mi jefe, mi ilustre jefe, mi superior jerárquico, distribuyó los «Perfectos» con cierta imperfección, porque se quedó con la mayor parte.

Después, me dió las gracias con palabras de la «minuta» y de la «comunicación».

—Señor Arriaga: Tengo el honor de poner en su conocimiento, en mi nombre y en el de mis subordinados, que hemos visto con suma complacencia las pruebas de liberalidad dadas con motivo de la memorable fecha de su posesión. Dios guarde a usted muchos años para bien de la Administración española y para la buena marcha de este departamento.

IV

Pérez, el ordenanza Pérez, que hace el 13 del escalafón y padecía del estómago, irrumpió en el Negociado, alterando la paz de aquel ambiente, con estas palabras:

—Señor Arriaga, de parte de su excelencia—y repitió nuevamente muy ceremonioso—, de parte de su excelencia el señor ministro, que haga el favor de acudir a su despacho.

A él corrí con el corazón convulso. Por el camino, maquinalmente me preguntaba: «¿Alguna nueva triste?» ¿Me dejarán cesante?» Y por lo que pudiera tronar, me encomendé a Santa Rita, Abogada de los imposibles y Señora de toda mi devoción.

Examinóme el ministro de arriba a abajo, con la importuna curiosidad del señor que toma criado.

Luego habló:

—Usted, Arriaga, es un chico listo. Tiene talento y no quiero que envejezca manejando los legajos del expedienteo... ¿Quiere ser mi secretario particular?...

Mi cabeza vaciló, mis pies temblaron. Creí que me desvanecía. Pero pronto pude rehacerme de vigor y contesté con seguridad y firmeza:

—Si su excelencia gusta, yo estoy para servirle y honrarme.

—Pues desde mañana acuda a mi casa. No venga por aquí. Daré las órdenes oportunas... Ahora puede retirarse.

Salí del despacho hecho un brazo de mar. Alta la frente, severa la mirada, fruncido el ceño.

Al dar la noticia en el Negociado, un hurra salió triunfal:

—¡Hurra al gran Arriaga!

Emocionado, prodigué cigarros de «boquilla».

Mi jefe me abrazó con efusión; vislumbrando sin duda otra caja de «Perfectos» que repartir.

Ordóñez, el segundo de la oficina, que llamaba al superior jerárquico entre dientes «animal» y «majadero», me dió un fuerte apretón de manos, y Pérez, el ordenanza Pérez, con la cara más triste que nunca, rumoreó en mi oído, lastimosamente:

—Señor Arriaga... Ahora puede hablarle a su excelencia de mi ascenso. No se le olvide. Son veinticinco años de servicio con mil pesetas y retención... El 13 de la escala... Domingo, Domingo Pérez Fortuna.

V

«Porque tienes las pupilas verdes, como el mar, te quejas? Verdes las tienen las náyades; verdes las tuvo Minerva...»

—Qué versos más divinos hace usted, señor Arriaga.

—¡Phs! regulares, regulares nada más.

—¿Y para quién son?

—¿Esto? Para nadie... No merecen la pena... Ahora que aquí, como verá usted, Rosina, hablo de ojos verdes, y usted...

—¡Ja, ja!... ¡Como que me lo voy a creer!...

Y Rosina, la encantadora y coquetona hija del ministro, ronreía, mostrándome los piños albos de sus dientes.

Desde mi entrada en la Secretaría particular la señorita complacía en acompañarme. A pesar de tener novio y estar para casarse, no se pasaba un día, sin que ella, sonriente y seductora, me provocara con sus gestos y ademanes a echar un rato de palique.

Amante de la poesía, yo le dije que era poeta, y como me obligara dulce y tercamente a escribirle una composición, cosa que jamás había hecho, me vi obligado a apoderarme de unas rimas de Gustavo Adolfo Bécquer y poner al pie mi firma. ¡Perdón, amigo Adolfo! ¡Si tú supieras!...

Esta amistad con Rosina, acabó un día del siguiente modo:

Nos hallábamos, como de costumbre charlando en el despacho, cuando el novio de ella, un muchacho rico y de grandes campanillas, sin saber como, penetró en donde nosotros estábamos.

No nos dijo nada. Cogió el sombrero, y a poco escuchábamos el ruido de la puerta que se cerraba tras él.

Yo, pálido, sudoroso, acudí con objeto de darle una explicación, de decirle la verdad y explicarle la inocencia de aquellos ratos; pero me fué imposible alcanzarlo.

Ante el espejo preparábame para acudir a mi despacho, cuando la patrona me entregó una carta. Era del señor ministro. Leí: «Ilustre mamarracho. Queda usted cesante por imbécil. Mi yerno futuro me lo ha contado todo. Que no se le ocurra presentarse ante mí. Le envío un puntapié.»

Al terminar la lectura caí de bruces en la cama.

El castillo de mis empresas quedaba derrumbado. Y todo su peso—porque era muy grande—cayó sobre mí.

Y aunque quise rehacerme, fortificarme frente al dolor, no pude.

Y sentí cómo en las sombras del fracaso yacía el pájaro de mi ilusión con las alas rotas.

Evoqué el perfil de Fina, la buena. la amante, la resignada. Me sentí pequeño...

Lloré ... ¡Madre mía! ¡Madre mía!

Luis de Castro

EL ÚLTIMO PEREGRINO

POR JOSÉ MARIA IRABURU

Mis aficiones de pintor paisajista me llevaron el pasado verano a las montañas de Roncesvalles.

Acabábamos de almorzar en la hospedería, junto a la célebre Colegiata, en un comedor de encalados muros conventuales de espesor medioeval, que se ornaban con cuadros de santos y paisajes suizos. Una ventana abierta nos mostraba tras de sus rejas la magnificencia estival del bosque. Y si una sombra de austeridad y recogimiento pretendía acaso oscurecer el refectorio, se sobraban para disiparla el vinillo de Cariñena contenido en empolvada botella, el garbo de la «neska» que nos servía y sonreía y la locuacidad de mi desconocido compañero de mesa.

Era francés y rondaba el medio siglo. Enjuto de carnes, con luenga barba gris y ojos de iluminado, como los ascetas de Ribera. Comía parcamente y no probaba el vino. En el registro de la fonda había escrito al llegar: «Máximo de Kernoc, peregrino. A Santiago de Compostela»

Durante la comida cambiamos banales comentarios sobre la belleza incomparable de los montes que nos rodeaban con la alegría de sus praderas y el misterio de sus trayectos. Hablamos también de la rota de Carlomagno por los vascos en aquellos lugares, de la muerte del paladín Rolando y de la enorme repercusión que alcanzó esta facienda en la literatura de todos los pueblos. Y como finalmente la conversación recayera en la Orden religiosa-militar de Ron-

cesvalles, creada para guía y defensa de los peregrinos que en pasados siglos y de remotos países marchaban a visitar el sepulcro del Apóstol, el viajero francés halló ocasión de volcar su entusiasmo sobre mi conocimiento de aquellos históricos recuerdos.

—¡Oh, la fe! ¡La encendida fé de aquellas gentes, que les impulsaba a recorrer el mundo para postrarse en sus más célebres santuarios! ¡Las peregrinaciones y las cruzadas pusieron a Europa en marcha, como a Lázaro la voz del Maestro...! ¡Oh aquel río de eterno fluír que formaban los romeros sin retroceder jamás ante las incomodidades de su ruta, las inclemencias y las escaseces, ni ante los mil peligros que acechaban sus vidas en extranjera tierra!

El señor de Kernoc declamaba con gran énfasis, gesticulando ampliamente y sus voces resonaban extrañas en el tranquilo refectorio.

—En mi pecho—decía—ha prendido una chispa de aquella extinta hoguera y me propongo imitar en estos menguados tiempos de indiferencia lo que tantos hicieron en las pasadas épocas de piedad. ¿Quién sabe si alguno de mis antepasados no dejó su castillo de la Bretaña para ir él también a Santiago de Compostela, y será tal vez mi devoción andariega y penitente una reminiscencia ancestral de noble raza? ¡Cuán probable entonces, por ser este el consagrado camino, que aquel viajero de mi sangre reposara sus fatigados miembros bajo el hospitalario techo de Roncesva-

lles, el mismo que ahora nos cobija y cuya fama se extendía antaño por toda la cristiandad!

La muchacha de la hospedería que entraba con nuestros cafés detúvose sorprendida contemplando al vehemente huésped y escuchando sus altisonantes razones, como la Maritornes de la venta delante de Don Quijote. Cuando la fórmula hubo salido, mi interlocutor prosiguió en tono más apagado pero con inflexiones de profundo desprecio.

—Ya sé, que también ahora se organizan peregrinaciones. Peregrinaciones que resultan más o menos desorganizadas. Pero eso es absurdo y hasta inmoral. Eso es una especulación más, muy propia de este siglo utilitario, a costa de los sencillos y de los poltrones. ¿Quiere usted decirme qué devoción ni qué sacrificio serán los de un señor que bien repantigado en su asiento de primera clase, consulta el itinerario y programa que otros han escrito para él? Eso no es fe, sino comodidad; no es romería, sino turismo. Antes se peregrinaba solitariamente, en penitencia de pecados cometidos; hoy, en familia, celebrando los buenos negocios. Un ansia de placer consume a la humanidad y esa sed insaciable la lleva hasta a enturbiar los claros manantiales de la piedad religiosa. ¿Qué le parece?

—Muy bien lo que usted dice. Es usted severo, pero tiene derecho a serlo, al romper con tales modos y resucitar valientemente las antiguas costumbres en toda su pureza.

—Sí— me dijo con impresionante fervor—. Yo voy solo; caminando humildemente sobre las santas huellas de los que me han precedido. En pequeñas

jornadas, como iban ellos; adorando las mismas cruces, ermitas y humilladeros que ellos adoraron y albergándome en los conventos y poblados que marcaron sus etapas, el término de sus diarias fatigas. Yo marchó como ellos, por los caminos fangosos o polvorientos y no rodando sobre los limpios rieles... Si no visto la esclavina de conchas y porto el bordón con su calabaza, es por no señalarme a la curiosidad ignorante y burlesca de las gentes, que de una intención tradicional y devota harían el objeto de sus mofas sacrílegas.

—Señor mío— le dije levantándome para salir—admiro su fe, su voluntad y su espíritu de sacrificio bien demostrados al emprender tal calvario. Me honro saludando a quien se puede titular el último peregrino, y le deseo un viaje tan feliz como sea posible.

El caballero aceptó mi homenaje agradeciéndolo con breves frases llenas de modestia y me despidió con una reverencia de exquisita cortesanía. Al corresponder a ella me fijé en su calzado, fuerte pero cómodo, que me pareció muy propio para largas caminatas. En el vertíbulo vi su bastón; un bastón de alpinista.

Después, tomé mi caja de colores y fuíme poco a poco hacia el monte con intención de continuar trabajando en un «interior del bosque» comenzado la víspera bajo favorables auspicios.

Antes de abandonar la carretera para internarme en la espesura, me alcanzó un soberbio automóvil Rolls-Royce, carrozado en «limousine», con neumáticos «comfort». En su lujoso interior, fumando un cigarro puro, iba... el último peregrino. **José María de Iraburu**

EL MOCETÓN DE LA CUMBRE

POR MIGUEL VICTORERO

I

Lavando la ropuca de su hermanín en las quietas aguas del remanso, Rosina la rubia zagala, honra y prez de la minúscula aldea colgada cerca de la cumbre del monte altivo como un nido de águilas, pensaba muchas y bellas cosas; en lucuras, que diría una anciana, en lo mismo que yo, que dirá una joven. Y ¿en qué podría pensar la hermosa rapaza, hermosa como un sol sino en el dulcísimo sentimiento que se llama amor? —dirán mis lectores dándoselas de adivinos—. Pues por esta vez, siento mucho contrariarles, pero la verdad ante todo: Rosina tenía novio, pero no amor. ¡Cómo! ¡es posible eso! Y tanto como lo es. Ya lo veréis:

Nuestra linda rapaza traía al retorte yu a Pepón el de Rufo, un gran mozo, trabajador como él solo, futuro dueño de una riquísima casería y parte imprescindible en las estoyazas y en las danzas y giraldillas. Nadie como él estaba en las erías con tanta constancia, trayendo como un güé... pero eso sí ¡recontra!—como decía su padre, el gran Rufo—cuondo llega la hora de ximielgase, non hay quien i ponga l pié delante!—y aun solía añadir Pachu el de la Llosa, cuando de Pepón se trataba: ¡Ah, y a noblón y bondadosu non lu gana naide!—Bueno, queridos lectores, pues apesar de todas estas reconocidas y alabadas virtudes, Rosina no le que-

ría; vamos, sí; le estimaba como a un buen amigo, le gustaba ir acompañada de él por lo buen mozo que era... pero de eso a quererle como ella soñaba ¡había más diferencia! ella quisiera que... pero vas a oír lector, lo que tuvimos la indescreción de escuchar a la indiscreta rapaza que confió a la parlanchina brisa sus íntimos secretos.

Mirándose el rostro en la linfa cristalina del remanso, Rosina murmuraba: ¡Yo soy guapa, vaya si lo soy! Cuántas veces al día me lo diz Pepe! De Pepe no me fió, porque no entiende... pero siempre que voy de villa me lo dicen los que me ven... Entoavía el viernes... ¿Cómo fué quella flor que me echó aquel cháfíer? «Tienes unos ojos»... no, no; era otra cosa. ¡Ah! ya me acuerdo! «Tienes unos faros que dan más luz que los de mi coche» ¡Ay, y qué guapu era! ¡y tenía tan buen tipo! y después me echaron más flores los señoritos que había en la botica y los que estaban delante del café... Ay, Dios mío! quien pudiera vivir en la villa! A lo mejor casábame con un señorito, como Pepa la del Robledal que a los pocos meses de servir amo enamoró a Don Remigio el Escribanu... Virgina Santa ¡Quién me vería a mí con un sombrero como una macona y con guantes y diciéndome todos a cada pasu «Se ñorita Rosa.» y ¡vamos a ver! ¿Por qué no puedo yo enamorar a un señoritu y cásame con él?

Interrumpió sus sabrosas reflexiones

la voz aguda de su madre y volvió a la dura realidad - ¡Rosina! ¡Rosinaaa! — ¡Señora! — contestó rápidamente recogiendo los bártulos y encaminándose hacia casa — ¡Recondenada, fueral' alma, non te dá coraxe ¿estar toda la santa tarde pa llevar cuatro trapos mal contaos? ¡Ay, qué fiya, Dios de la bondad— seguía rezongando la voz materna, mientras que Rosina, colgando las prendas de ropa, hacía la desentendida, como si aquello que la madre decía no fuese con ella...

II

¡Pobre Pepón! ¡Qué solo se quedó sin su Rosina del alma! — ¡Qué tristes le parecen aquellos campos tan alegres antes! — ¡Rosina la linda soñadora, dejóse llevar de su ambición; la villa, aquella villa coquetona, reclinada en el río como en suave almohadón de raso azul, la ofuscó con la ficticia alegría de sus calles, de sus casas y de sus moradores. Estaba en la villa sirviendo amo. Pepón—no lo digáis a nadie que moriría de vergüenza—con el pretexto de comprar unas guadañas fué uu día a la villa y estuvo con Rosina... y ¡qué preciosa estaba con su blanco peto y su blanca cofia de camarera! — ¡Estuvo con ella un minuto escaso, lo suficiente para comprender que a Rosina le daba vergüenza de su acompañante... y él entonces sin reproches, sin gritos pero con una pena muy honda que le roía el corazón y el alma, hizo sus compras y regresó a la aldea, a su aldea del alma en donde podía llorar sin que nadie se mofara de él. Desde aquel día Pepón no quiso cantar más; temía que en vez de cantar llorase y aunque por guardar las

apariencias continuara asistiendo a bailes y esfoyazas y pusiera buena cara a todos, llevaba en el corazón una pena muy grande; y no tenía sólo pena, tenía también mucho amor: un amor inmenso que guardaba en el pecho para la su Rosina, la de los cabellos de oro y mejillas amasadas con rosas del valle rojas como sangre y con leche de la montaña, blanca como sus nieves perpetuas; y esta pasión y aquel dolor no estaban solos. En un rinconcito del corazón el desdichado amante alimentaba el calor de un mal sentimiento: el odio, un odio salvaje a la villa hermosa, que, robándole su amor, le llevó con él la vida toda y toda su alegría.

Y trepando por los riscos de la montaña, Pepón subíase al más alto peñasco de la cumbre y desde allí mirando las lucecitas de la villa, pensaba en su Rosina, llevándose de cuando en cuando, la mano a los ojos para enjugar el llanto. Y una noche de verano en la que la villa en fiestas brillaba como un ascua de plata, vimos al triste Pepón que, encaramado en una peña a pique de matarse, enseñaba el cerrado puño a la villa, como si la amenazase....

III

No se hablaba de otra cosa en la aldea. Las viejas comadres, cual castizas porteras matritenses o parisinas, cortaban, sajaban y tundían con los recios mandobles de su lengua a la pobre Rosina. — ¡Ah, chacha, ¿non sabes?— Rosa la de Paulo, tuvo un neñu?— Bah, muyer, eso yera natural! ¡siempre lo dixi! ¡Disprecianos a todes les aldeanes,... como si ella juera algo!—

Rosina—tenían razón las murmuradoras—había tenido un hijo. El hijo murió, pero la deshonra subsistía. Si el seductor hubiera otorgado una crecida cantidad a la seducida, acaso las lenguas la habrían respetado, pero no fué así. La abandonó como se abandona un capricho que nos va resultando un poco caro. Pepón también lo supo y en la esfoyaza de aquella noche cantó—sin que nadie se lo pidiera—una bellísima tonada; y cuentan los que le oyeron, que la echó con tanto sentimiento, con tanta alegría y dolor unidos, que hizo llorar a todos.

IV

Una tarde del otoño llegó Rosina a la aldea. Pero no la Rosina de los días felices, sino la Rosa de los malos tiempos, demacrada y paliducha como una bella muerta. Enferma de dolor del cuerpo y de dolor del alma, arribó a la casa paterna como un resto lamentable del naufragio de su vida; y su casa—aquella casa abierta para todos—se cerró para ella. Ni los llantos de la madre, que como todas perdonó, ni el mudo dolor de la hija sin ventura, fueron capaces de ablandar el corazón del indignado padre; y cuando la desdichada zagala, llorando en silencio tendía la vista al cielo, único auxilio que podría esperar, lle-

gó Pepón: el Pepón de siempre, que como siempre noble, como siempre amante, le tendió los brazos robustos y la besó en la frente, como se besa a los niños que están enfermos...

V

Ni los ruegos y consejos de amigos y familiares ni la leal confesión de la pobre Rosina le hicieron desistir de su propósito y una mañana hermosa, en la minúscula ermita de la aldea, la hizo su esposa. Todos censuraron el proceder de Pepón; todos menos el anciano sacerdote que sabía que aun cuando la moderna vida embota y atrofia las almas nunca faltarán mientras haya mundo nuevas Magdalenas, pobres ovejas descarriadas a las que la Desdicha vuelve al redil. Durante la comida de boda todos felicitaron a los felices desposados y más tarde, cuando la sidra comenzó a dominar las cabezas, les vitorearon estruendosamente, lo que no obsta para que al día siguiente volvieran a profetizar negras desdichas a la recién casada pareja... Y sin embargo, no fué así: son tan felices como se puede ser es este pícaro mundo y sino... preguntádselo a Pepón...

Miguel Victorero

Ribadesella (Asturias), 1926

BOCETOS

EL HOMBRE-NIÑO

POR MANUEL F. DE LOS RONDEROS

A mi ilustre y admirado amigo don Eugenio d'Ors, como afecto y agradecimiento.

Es curioso observar, al leer al eminente psicólogo Freud, que, presidiendo a todos nuestros actos el instinto sexual, y este instinto, determinándose, precisándose u objetivándose en mujeres inconseguibles por otra vereda que la del matrimonio, la gente, los hombres, mejor dicho, no se casan. Ustedes dirán: es que el *instinto* no es el *impulso* sexual. Perfectamente. Estoy conforme. No es lo mismo. Precisamente el insigne doctor Marañón, en *Sexo, trabajo y deporte*, establece esta división necesaria entre el *impulso* y el *instinto*. Hay que agradecersele sobremanera. Porque muchos freudianos excesivos—como justamente los califica ese gran biólogo y psicólogo—han confundido, fundido ambos conceptos en uno solo—el *impulso*—, siendo el otro—el *instinto*—mucho más amplio, mucho más noble que aquel. Yo acepto—¿cómo no?—esa necesaria clasificación. La acepto... con la reserva de que hay que colocar, al lado del *instinto*, el *impulso*. Y no ponerlos en balanza; y no «pesarlos». Porque este es un concepto que gravita terriblemente sobre el hombre. Como animal que es, desde luego.

La gente no se casa. ¿Por qué? Unos dicen que la gente no se casa porque la vida ha encarecido enormemente. No

hace tantísimo tiempo podía montarse, no un piso, sino una casa, con mucho menos dinero que en los días que corren, en los cuales, por otra parte, no debiera llamarse casa-miento, sino pisamiento, puesto que casi todos buscamos, y nos contentamos, con un «pisito»—un pisito modesto, como dicen los novelistas, en sus burguesas descripciones—. En suma: que la gente no se casa por un exceso de valor de la vida o por un «defecto» económico de su bolsillo. ¿No es así? ¡Ay, no! La respuesta que se oye dar no es esa, precisamente. El hombre—en general—no se disculpa de no llegar al matrimonio por causas meramente materiales. Ahí están los solteros ricos. Ahí están los casados pobres. El que se disculpe así, miente. Su pureza matrimonial—si es exacto llamarla—no es, en modo alguno, por falta de metal—que él procura cuando quiere—. Son más altas sus razones. El hombre, al fin, se eleva. Tanto se eleva, que sus argumentos, como ser pensante, los busca en la región sentimental y espiritual. Más claro: el hombre dice: «no me caso porque *conozco* a la mujer». ¡Hola! ¿Ahí estamos? Pues la mujer ha de replicar inmediatamente, ofendida, indignada, de esa reticencia: «ni yo *quiero* casarme, porque te *conozco demasiado*. ¡Bribón!».

Estas palabras tienen una aguda forma. Se la da el novelista Temple-Thurston, diciendo: «quizás las mujeres conocen *mejor* a los hombres; quizás los hombres conocen *mejor* a las mujeres». ¡Quizás! Pero si el ser así hoy resulta tan «tunesto» para realizar la unión de los sexos por medio del matrimonio, hay que convenir, entonces, que el matrimonio se funda en el engaño, esto es, en el desconocimiento de las partes entre sí. ¿Será verdad? Pensad unos momentos; medita la *gravedad* que ésto encierra, la gravedad que no se cierra, que no concluye por la razón sencilla de que cada día nos conocemos más, de que cada día nos conoceremos más y *mejor*... ¿Y por qué nos conocemos? Bah. Qué tontería: por el contacto. Y por el contacto... Pero ¿es ésto posible? ¿Cual es pues, la razón que lleva a la mujer a la verbena, a la romería, a la feria, a los toros, al teatro, al paseo, a la calle, a todas partes, en suma? ¿No es la de establecer ese contacto con el hombre? ¿No es la de conocerle, la de inspirarle simpatía que traiga noviazgo, noviazgo que traiga matrimonio?... Siempre se ha creído, yo mucho lo he oído desde bien pequeño, que cuanto más se «moviera» una muchacha le sería más fácil conseguir un marido. Esto es axiomático entre mujeres. O mejor dicho, sería; porque según vemos eso de que el trato entre hombres y mujeres no tenga las *antiguas* restricciones; eso de que las ocasiones de verse, de «codearse», de «rozarse», sean más frecuentes y más libres que antes, va a ser fatal para la suma del séptimo sacramento.

Puede que alguien se alegre de este nuevo estado de cosas. Puede ser, tam-

bién—yo no lo creo—, que sea la mujer que se emancipa con su honrado trabajo. La mujer, que al casarse ha de renunciar a la libertad, y, quien sabe, si a la comodidad. La mujer... que debía preguntarle al hombre retraído: «¿se puede saber lo que usted pretende?». Y el hombre contestarle: «señorita, garantías de fidelidad». Pero no, no; este grosero insulto no lo merece la mujer; menos, la mujer española. Así que el hombre contestaría estas otras palabras: «señorita, pido *amor*».

—Cásese.

—El casamiento, señorita, podrá ser la corona de laurel con que la humanidad premia a los héroes del amor, pero no es, en modo alguno, el inspirador de ese amor.

—Lo hace irrompible, que es lo mismo.

—No señora: lo ata; que no es igual.

—¿Y los hijos? ¿Y el mandamiento que hemos de cumplir las mujeres, de dar al mundo nuevos seres que, como nosotros, han de vivir y hemos de asegurarles la vida?

—¡Los hijos!...

—Sí. ¿No será ese el amor que usted busca?—clamará defendiendo su augusta misión.

Y el hombre entonces, sin saber, o tal vez sin querer responder, avergonzado, se calla y se marcha. Cuando se halla solo recapacita, medita esas breves frases, y se asegura, se fortifica nuevamente en sus *trece*: sí, yo tengo «derecho» a la felicidad»; y no me vengan con sentimentalismos, con tergiversaciones ni con plegarias. Yo «puedo» ser feliz, yo «debo» ser feliz con una mujer. ¿Por qué no soy feliz? Por ella. «Cáse-

se», le repite quedamente una voz misteriosa. Voz misteriosa que le hace trinar, gritar como un energúmeno: ¡No me caso, rediez, mientras no me «garanticen» la felicidad!» Tal es la razón suprema.

No es la única.

El hombre de hogaño es tan egoísta como el de antaño. El de antaño, como el de hogaño, también buscaba la felicidad. Con la diferencia de que el de hogaño es más «crítico» más calculador, más inductivo, más «vivo» que el otro. También, más «gastado», más falseado. El otro se contentaba con esperanzas, con suposiciones, y este quiere pruebas, afirmaciones. Es decir, quiere *signos* visibles de que va a ser feliz; y como no encuentra esos signos, se retira. Se retira de por fuerza. Derrotado. Y al igual que un ejército, puede caer en «cualquier» parte, en cualquier emboscada... Y cae,

efectivamente. Cae en la aventura galante, en la aventura frívola, agotadora y destructora. Pero es que el hombre tiene que abatir las alas, que amainar el vuelo de su fantasía. No remontarse al «Cielo». Buscar la felicidad es un exceso de candor; es, simplemente, una niñería. Ideal puramente quimérico no podía tener realidad alguna. Y, de hecho, no la tiene. No podía, por tanto, hacerse cuerpo en el cuerpo—divino—de la mujer.

¿Leopardismo? ¿Schopenhauerismo? No; verdad. ¡Gran verdad! Y mientras el hombre no se desengañe de esta profunda verdad, penetre en él como el aire en su pecho—que lo *invade* para sostenerle y vivificarle—, no será hombre completo, sino niño-hombre, sino hombre-niño.

Manuel F. de los Ronderos

Sevilla, otoño 1925

A U N A M A T A N Z A

Oda que se presentó en 199 Juegos Florales y que no mereció ni un mal accesit.

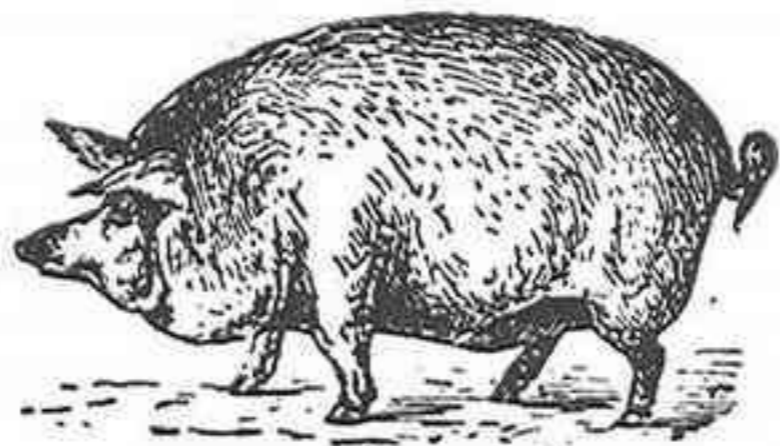
No huyas espantada, musa mía.
¿Es que sientes escrúpulos acaso?
¿No encuentras por ventura melodía
en la bella figura de ese bruto
de abdomen singular y tardo paso,
de papadas colgantes
de carnes y de grasas rebosantes,
de lomos, y de patas, y de manos
banquete singular de los humanos...?
¿No hallas, di, poesía
en aquesos jamones infinitos
que están pidiendo a gritos
un cuchillo afilado que los corte
y los cuelgue después en la cocina
pendientes de la estaca hecha de encina,
que a tantos ha engordado
y que a tantos después habrá colgado...?
Y el verle con la pata retorcida
del humo de la lumbre ennegrecida,
y la carne curada
por el frío y la helada,
soberbio y adorable
como un Dios de los lares castellanos,
¿no te anima a poner en él las manos?
¿no sientes por ventura
anhelos de comértelo, ya frito
que diz es exquisito,
ya crudo, al natural,
que diz es un bocado colosal?

No estés parca en hablar, musa querida:
ensalza las bellezas comestibles,
visibles, digeribles,
que en su cuerpo atesora un gran cochino.
¡Si vieras qué sublime y peregrino
entre sorbos de vino
sacado de tinajas muy añejas
resulta el almorzar con las orejas
de este animal sin par alimenticio,
do ni el rabo siquiera es desperdicio!...
¡Si algún día asistieras
al funeral solemne de algún cerdo
y asadas a lumbre te comieras
cortezas y moragas!
Ese día quizá te satisgas
de pájaros cantores
y de fuentes y arroyos habladores,
y en el Parnaso mismo
introduzcas acaso la mudanza
de celebrar de güarros la matanza...,
volviéndose las musas comilonas
y vulgares glotonas
en vez de como hoy tan ideales,
tan lejos de las cosas terrenales!...

Los poetas iríamos entonces,
con gran contentamiento y alegría,
a beber la poesía
no al fulgor de Selene plateada,
ni a la fugaz estrella,
ni a la noche callada
que ni dicen ni pueden decir nada.
Una güarra de cría
entonces ¡ay! sería
una fuente muy honda de armonía;
y un cochino muy gordo, reventando,
con lo barriga junto al suelo dando,

los ojos muy hundidos,
con carne confundidos,
y las patas pequeñas, invisibles,
cual si no aparecieran sostenibles
de cuerpo tan robusto y tan grandioso,
tan *puerco* y... tan hermoso,
¡qué inspirador más fiel y más fecundo!
¡qué tesoro de versos más profundo!...

José de Orellana





Año I - SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES - N.os 5-6

En esta sección colaborarán fácilmente, los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

LA DOBLE ILUSION

POR F. SÁNCHEZ DE LA NIETA

Juan Antonio terminaba de apurar el último sorbo del café. Se decidió a salir de aquel Casino en donde todo eran voces y bullicio, pues le asqueaba la vida que seguían sus convecinos. Tomó su capa y su chambergo y pronto anduvo los pocos pasos que le separaban de la calle. Una vez en ella, decidió, en lugar de irse a descansar, dar un paseo por aquella calleja solitaria, que tenía para él tristes evocaciones, pues en ella ya no existía la mujer que llegó a ser su Ideal, su todo.

La noche estaba hermosa. Noche de mayo; noche tranquila, en la que la luna iluminaba con su luz pálida la encrucijada, por la que iba él con gran placer —¡oh paradoja!— aunque tuviera una triste evocación. ¿Sería, acaso, que amaría, ya, a la otra? ¡La otra sí que era una mujer toda Alma, toda espíritu: aquella mujer sería su Ideal!

Y... cuando más ensimismado iba en sus pensamientos, vió, allá, tras la reja

de una casona de vetusta fachada, la faz bella, simpática y atrayente de la otra. Quiso contemplarla desde distancia. La vió mirando, implorando quizá de la Luna la llegada de un poeta, que la hablara tiernamente de amor, de poesía: que la hiciera soñar... Y aquel poeta de sus sueños, ¿podría ser él?

Iba ella a cerrar la ventana, cuando Juan Antonio exclamó:

—¡Aurora!... ¡Aurora!... escúcheme un momento.

De nuevo la faz angelical de aquella chiquilla rubia que más que mujer real, parecía una pintura de Goya, fué iluminada por la Luna, que una vez más presenciaba una escena de amor...

—Perdone Aurora—habló Juan Antonio—, si a estas horas me tomo la libertad de acercarme a su ventana; pero un impulso imperioso, irresistible me obliga a ello. Yo la amo, Aurora, la adoro, la idolatro. ¿Desde cuando? Desde que nació.. desde ayer... desde ahora mismo... ¿Qué importa? ¡Es igual! Yo sé, que usted sabe de mis relaciones con... ella, con María Luisa, que quizá sea

el obstáculo que se interponga entre los dos. Pero la suplico me escuche, verá: Yo amaba a María Luisa como a ninguna mujer, hasta ahora, había amado. Un poco más de cariño por parte de ella y, yo, irremisiblemente hubiera sido su esposo... Pero María Luisa, no me amaba, y si me amaba.. «no sabía amarme», y yo, pobre poeta, que deambula por este humilde pueblo del llano, no debía admitir — «el eterno predicador del amor» — ser el instrumento de su coquetería. Y rompimos... rompimos para después ser dos buenos amigos... ¡nada más!... Y ahora, Aurora, que conoce lo más recóndito de mi corazón, fuera de las caretas inútiles e hipocresías con que se viste una sociedad muy siglo XX, yo la digo: entre ella y yo, no existe nada ¡créame!, ¿quiere que exista entre los dos?...

La muy bella, la niña romántica habló:

—Juan Antonio, yo soy una mujer toda alma; parece que Dios me hizo para amar. Terminaba un sueño, cuando usted me llamó quizá para sumergirme en otro... Yo sabía de sus relaciones porque ella me lo dijo; de su ruptura creo fué usted quien me habló. Pues bien, Juan Antonio, con la misma sinceridad con que tu hablas. te hablo yo: te quiero, óyelo bien, te quiero con toda mi alma, te adoro con toda la potencia de mi ser; soy tuya, muy tuya, y aunque ella para tí algún día vuelva a ser lo que fué; escucha, poniendo tu mano sobre mi corazón, que repite con fuertes latidos estas palabras: Como yo te quiero, nadie, ¿lo oyes?, ¡nadie! te podrá querer...

Y así, en la noche, el amor empezaba a tejer un nuevo idilio...

F. Sánchez de la Nieta

CORAZONADAS DE MI GUITARRO

Por estar pensando en tu
Ni trabajo ni hago nada
Y dimpués... tendré bastante
Con desaminar tu cara.

Es tu amor un rosalico
En cuyas punzas s' engancha
El que s' arrima a golete;
Y al que te güele... lo matas.

Allá vá la despidida
La q' echan en la Andigüela:
Son las mozas d' este pueblo
Más majas que las pesetas.

Ares - Nif



CUENTOS PARA NIÑOS DOÑA MARIPOSA Y CARACOLILLO

POR JESÚS RAMIREZ SÁNCHEZ

I

Era una cierta mañana de Mayo. La naturaleza riente, parecía estar en fiesta: espléndido tapiz matizado de muy vistosos colores semejaba el verde prado; y los perfumes que las flores esparcían por doquier elevábanse muy altos camino del Cielo, para ir a ofrendar a la Virgen María; no caminaban solos; dábales grata compañía el armonioso trino y los alegres gorjeos de los pajarillos; los cuales, acudían en bandadas para beber del agua pura y cristalina que corría por el arroyuelo meciendo con su impulso los altísimos juncos.

Pasaba dicho arroyuelo junto a las tapias de un jardín, yendo a perderse por una barrancada, para fluir más tarde a otro de mayor categoría.

En dicha mañana, siguiendo la costumbre que de pequeñin hubieronle enseñado, salió un caracol de entre un grupo de piedras y musgo, muy contento y afanoso por escalar una altura del terreno, y desde allí, tomando a placer los rayos del sol, escuchar el concierto de la naturaleza.

II

De esta guisa, el caracol largo rato llevaba, extasiado con tanta galanura y armonía, sin muestra alguna de cansancio, cuando he aquí, que en unas matas próximas húbose posado una muy gentil mariposa. Sus frágiles alas movíanse con gran contento, sin dar punto de reposo; proyectaron esta sombra que fué a parar precisamente sobre el pacífico caracol; y este que tan a su gusto hallábase, retiróse hacia un lado para no perder las caricias que prodigaba el sol.

La mariposa que por tener ya de suyo, formada una idea bastante baja de los demás animalitos que poblaban aquellos prados y sus contornos, sin reparar que pudiera causar molestias, comenzó a revolotear en un círculo pequeño llegando a poner sus plantas sobre la punta de un junco.

Allí era el verla con una altivez insospechada, cual si con sus movimientos retara a los otros vivientes.

Enojóse mucho el caracol, con el proceder de la vanidosa, y como supusiera que sólo contra él obraba aquella, pensó antes de entablar lucha alguna, en las posibles consecuencias que pudiera tener, y decidido a no sufrir más impertinencias, llamóla la atención.

—Oiga usted, vecina ¿es propósito suyo seguir molestando?...

—Tengo otro tratamiento—contestó fanfarrona.

—¿Otro?... bien; conteste usted, doña mariposa.

—¿Qué se le ofrece, caracolilo?

—También debe usted conocer el mío, doña mariposa.

—¿Pero tiene usted tratamiento?

—Heredado de mis antepasados.

La mariposa echóse a reír con muchas ganas para decirle.

—Límpiese, límpiese que está de huevo, amiguito.

—No me interesa tener amistad—contestó el caracol, con seres tan despóticos y orgullosos.

—¡Qué más quisiera usted! yo que desciendo a los prados y subo a los montes; que me elevo por los aires aspirando todos los perfumes; que satisfago mis caprichos aunque sean muchos, yendo por regiones hermosas, donde las flores compiten por tenerme sobre sus corolas brindándome sus jugos, que visito jardines de príncipes y moro en Palacios de Reyes.

—Nada de eso suscita mis deseos.

—¡Habrased visto nada más bajo que un infeliz caracol!—repuso la mariposa muy encopetada. ¿Qué puede él saber de todas estas cosas?

—Nunca ví más orgullo junto.

—Ande, ande y quédese arrastrado por tierra que la vida para usted no existe. ¿Ve? en cuanto mis deseos lo piden, yo surco los aires camino de otros paraísos, que no este insulso prado, a gozar de sus dichas que para usted le están privadas.

—Váyase en buen hora la mariposa

altiva y descortés, y quédeme yo con mi humildad limpia del polvo vanidoso.

En efecto; batiendo sus matizadas alas de colores muy chillones, marchó la mariposa perdiéndose a poco en la altura; y allí abajo junto al césped muy fresco quedó el caracol en completo reposo, oyendo el susurro suave del agua.

III

La noche que muere y el día que nace, luchan un momento como aves de rapiña, por conservar las primeras partículas de su existencia; por alcanzar el segundo el transparente velo de crepón que impide dar forma a los objetos, ya estos habían recobrado su color y movimientos; y a las sombras de misterio que la noche tendió, había sucedido un sol bello; mas como esta fué procelosa y el cierzo fustigó con saña las plantas, echábanse de ver los destrozos que el vendabal causó.

Fué aumentada la corriente del arroyuelo, y aquella mañana, mostrábanse más perezosos los pajarillos y demás habitantes de aquel valle.

De las flores, húmedas aún con el llanto de la tormenta elevábanse al cielo columnas de aromas en emanaciones perfumadas.

Sélo el pardo caracol, siguiendo su costumbre inveterana, salió hasta los picos de las piedras, parecióle oír quejidos muy bajos, lamentos muy tristes; en esto observó que tras de sí una mariposa trataba de acercarse, la cual en llegando que hubo, habló deste modo.

—Amigo caracol; tú que siempre fuiste bueno, no dejarás de portarte bien con esta infeliz mariposa, que mal herida se halla, dándola cobijo mientras repara sus fuerzas.

Contestala el caracol que con gran placer cederíala alojamiento, y los dos paso a paso penetraron a poco por la hendidura de unas piedras.

Refirió aquella la causa de encontrarse de tal modo, y cómo el huracán destrozó sus alas.

Preguntóla el caracol por su nombre, y cuál no sería su asombro, al ver que tenía en su casa de huésped a la vanidosa doña mariposa.

Comprendido así, esta trataba de disculparse, para responder al caracol.

—Adiós ilusiones peregrinas; adiós viajes fantásticos; en cuanto tiempo no volverá doña mariposa a Palacios de Reyes con burla de sus semejantes?

Iba ésta a retirarse toda turbada, pero interpúsose el caracol para decir.

No, no; no os marchéis, doña mariposa; en este aposento podeis estar todo el tiempo que os plazca; pero no olvidéis que la soberbia es mala yerba y la humildad, buena virtud.

No lo olvidéis tampoco vosotros, lectoras y lectores, y que ello os sirva de guía, tal que estela luminosa en el camino de la vida.

Jcsús Ramírez Sánchez

Madrid.



EL TREN DE LA IDEA

A través de los rieles de letras
Cruza el tren de la idea. . en silencio. .
Va lanzando su fuego de sangre
y envolviendo la sombra en incienso...

¿Quién lo arrastra?

¡Su máquina el alma!

¿Dónde para?

¡¡... Se pierde en lo eterno...!!

* * *

DEL ABISMO SURGE EL SOL

Surge el sol entre montañas
 ¡cual esfinge luminosa
 que brotase en las entrañas
 de los sueños... de una diosa...!

Miguel Hervella Urdániz

Galicia.

**LEYENDA VASCA**

POR LUISA DE FATRAS

Es mi leyenda la historia fiel de un suceso, escuchado a un antiguo morador de un pueblecito vasco: De su fantasía nace la realidad de un hecho verosímil, simpático por ser el asunto tan sencillo como el vasco vizcaíno, y en él sus personajes, nacen de un sacrificio espiritual tan grande, como lo es toda leyenda de amor.

Esta leyenda será interesante si concebís en ella la originalidad del asunto y asentáis la certeza de que mi narración fué relatada por persona que a mis preguntas contó la historia de este episodio en el lugar sucedido.

El día es festivo, gris como el tono decadente de la estación Otoñal; el tren en que viajo, marcha con regularidad, una compañía grata entretiene mi viaje, ¡es un poeta! Llegamos a Erandio-Goicoa, la mañana triste invita al recogimiento y con el pensamiento sumergido en aquella ambición de apreciar, caminamos por la carretera divisoria de dos lindos panoramas.

Por el lado izquierdo, la campiña se levanta en montículos y sus caserías de arquitectura vasca colocadas sin simetría en la falda de la montaña, dan esa sensación rústica del bienestar campesino. Al lado opuesto, la llanura es más

extensa y el cultivo se hace llegar hasta el arroyuelo que impaciente recoge las aguas de la vertiente, para ofrecérselas al campo. A ambos lados de la carretera hallamos casas de construcción más moderna, sin interés para el que busca leyendas historiales.

El límite de mi camino ciérrase en un campo cuyo alfombrado verde semeja la pintura artística de un lienzo, donde se alza la iglesia que admiro por la antigüedad de su arquitectura, y fué la que influyó en mí para formar esta leyenda de mi país vasco escuchada a un vizcaíno de raza, que con la tradición de sus hechos, puede dar forma a mi escrito.

Allá por el siglo XIV en el lugar que hoy tiene su alzamiento la Ermita, se hallaba un castillo, castillo que guardaba los títulos señoriales de sus moradores. De este castillo, consérvase como tradición la torre, tan bella en su estilo, que a su vista hace pensar en cuentos fantásticos por donde el doncel escalara la cuerda para raptar a su amante. Remata el alto de su cuadrado un adorno de piedra enregillado que simula el encaje vistoso de un fino adorno y en sus medios, se advierte las aspilleras de defensa que guardaron la morada de Martiartu - Zamudio. Adosado a este castillo, se construyó la iglesia que hoy existe rodeada de un pórtico enlosado, lugar donde la gente del pueblo espera la hora de entrada a misa.

Cuenta la historia que María Mayor de Zamudio, señora de abolengo, abandonó su casa para evitar el matrimonio con el pretendiente propuesto por su padre para reposición de títulos. Doña María hermosa como una flor de Alejandría, poseía una alma meramente ro-

mántica y su pensamiento, al igual que la atrevida luna se refleja en el arroyuelo, así ante la candidez de su expresión grabó en su mente la versión de un capítulo titulado «Firmeza de Amor».

Caminaba desorientada sosteniendo en su mano una rosa de té que en confianza le anunciaba la próxima llegada de su amor soñado. Atravesando campos solitarios, llegó a Erandio-Goicoa y en ese lugar referido acentuó su dolor al verse sola.

En esta textura de abandono animábase su flor y en consideración a sus promesas, llegó un ejército triunfante de soldados que después de haber sostenido una encarnizada lucha con su enemigo, regresaba victorioso a sus posiciones.

Mandando las fuerzas iba Martín Ortiz de Martiartu, guerrero valiente que sostuvo la esperanza de una mujer enamorada. A su paso por Erandio-Goicoa sintió María Mayor de Zamudio la emoción del que halla cumplido su presentimiento, y a tal efecto, la linda rosa de té la que confidencialmente había prometido la felicidad a su dueña, dejóse caer de sus manos para ser recogida por el bravo guerrero. ¿Qué pasó después de esta prueba amorosa? nada se dice, pero sí cuentan las tradiciones que prendado el doncel de esta bella dama, cogióla en su caballo y trasladáronse al palacio de Mayor de Zamudio, donde seguidamente pidió su mano concertándose a la vez la fecha de su boda.

¡Campos bendecidos por los amantes que hallaron la felicidad en este rústico rincón! ¿no me decís si la rosa de té muere junto a los restos de estos amantes?

Aseguran que para conmemorar el re-

cuerdo de este encuentro, mandó construir el castillo aludido del que hoy se conserva la torre, siendo elegido este pueblecito vasco para nido de amor de Martiartu-Zamudio.

Para perpetuar esta leyenda, en el lado frontal del pórtico de esta iglesia se halla la tumba de este matrimonio. Sobre la meseta y en posición horizontal están las figuras de estos personajes grabadas en piedra con una inscripción que dice así:

«Martín Ortiz de Martiartu y María Mayor de Zamudio, su mujer.» Bajo estos nombres están los escudos que enarbolan su nobleza, demostrados en sus trajes que señalan el abolengo de origen.

Aseguran que en el fondo de esta hurna se encuentran los restos de los protagonistas de esta leyenda, que pasando su vida al lado de estos hijos de Vizcaya tan nobles y sencillos, les dieron los nombres abreviados de Mari-Peru tan clásicos en este país, como el amor que por ellos embarga a estos campesinos.

El convencimiento de esta historia, concibió en mí la idea de esta leyenda; ví en el lugar del suceso galopar el caballo del guerrero portador del tesoro más preciado y en la ventana más alta de la torre, hallé la figura de la aristócrata dama de rostro de alabastro orlado por el marco dorado de su cabellera. Sentí el olor de un perfume y recordó mi memoria la linda rosa de té que en sus confianzas anunciaba la llegada del doncel, y yo pregunto:

¿Será esta rosa la poesía que el amor encierra, ofreciendo su perfume a la persona que en su corazón guarda esta ofrenda? El poeta quedó meditando.

Bilbao-17-10-925 **Luisa de Fatras**

M O N J E S

¡Oh, qué ideas inspiran esos monjes austeros
que en la vida diluyen la muerte hecha luceros!

Los que debajo del sayal
dan carne a sus cilicios, amantes del Calvario,
y clavados los ojos en el santo breviario
recorren la mansión claustral.

Los que no tienen tiempo para asomarse al mundo,
porque su amor dejaron por otro más profundo...

Que huellan una y otra vez
sobre las frías piedras de los patios musgosos,
corredores oscuros y huecos silenciosos
ejercitando su mudez.

¡Oh, cómo se conmueve quien los ve en el misterio
lleno de soledades del viejo Monasterio!

Su vago paso es tan ritual...
Ellos con preces ornan la quietud de la celda
o en la Ciencia se abisman, y es cada uno una bielta
que limpia el grano espiritual.

Ellos en el arcano tienen fija la mente
y, de pensar inclinan el cráneo transparente
como una fúnebre visión;
ellos despiertos miran la tea de sus sueños
iluminar el hoyo donde echan sin empeños
pacificado el corazón.

Su esencia está en la altura, su arcilla en los altares ..
Y no sienten dolores, ni siquiera pesares;
que da razón a su existir
el anhelo constante de conocer lo ignoto...
y el hallarse equipados para el viaje remoto
del que ninguno ha de venir.

Eplgmenio Gutiérrez Terreros

Bilbao.

Novelas extremeñas
de
Antonio Reyes Huertas

—
«Los humildes senderos.»
«La sangre de la Raza.»
«La Ciénaga.»
«Agua de turbión.»
«Fuente serena.»

—
De venta en todas las buenas librerías

¡Gran éxito de Librería!

FRUTA DE ARAGON

POR

G. García-Arista y Rivera

Envío 1.º—*Enverada.*

» 2.º—*Excoscada.*

» 3.º—*Abatollada* (en prensa)

■
EN TODAS LAS LIBRERIAS

“La Papelera de Cegama”

(S. A.)

Fabrica de Papel Continuo
CEGAMA (Guipúzcoa)

Papeles de Edición. Litografía
y de escribir

Dibujo. secante, pluma, barba,
pergamino y registro

Papeles rayados, lisos, verjurados
y con filigrana

Especialidad en papeles tela
— y cartulinas —

La Española

—
Talleres de Imprenta

■
Impresión esmerada de Obras
Folletos, Circulares,
y toda clase de modelación
para Oficinas y Comercio
Prontitud y economía

■
Librería, 28

Córdoba

